

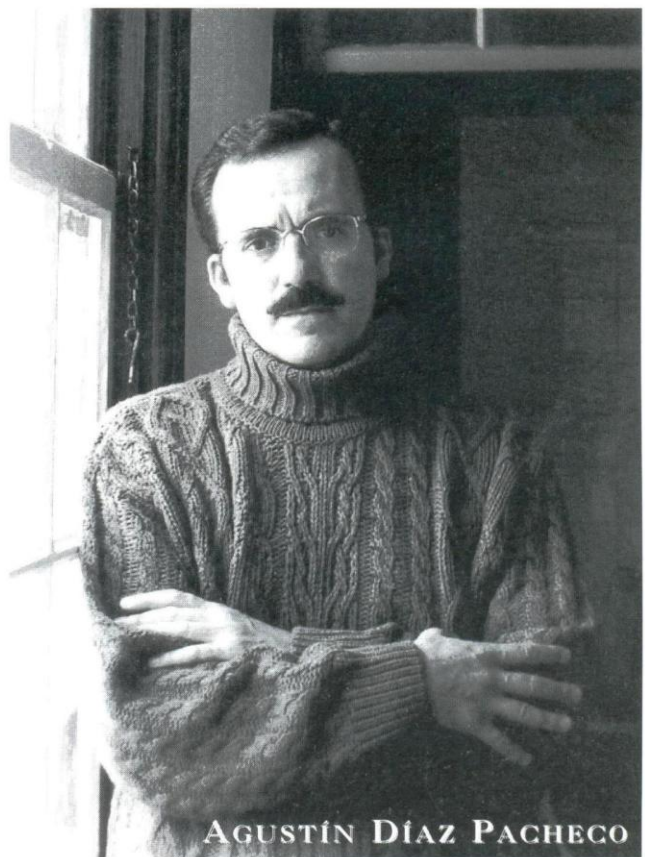
EL INSTANTE INMÓVIL

Inicia el sueño con la ligera ansiedad del que espera que el amanecer lo rescate de la postura eterna. Comienza a entrar en insólitas estancias a través de las cuales se divisan paisajes por explorar. Luego, tras un breve descanso insomne, se dirige a grupos de otro sueño a un extraño paraje que, según los ancianos augures, ayuda a llegar al Mar Antiguo. Aquietada superficie líquida, de límpidas aguas, y en la que una luna diamantina intenta reflejarse inesperada y repentinamente en el longo espejo donde el tiempo se contempla. Sospecha su obsesión que el sueño es un sueño dentro de otro sueño, y recuerda cómo el Hacedor, tomando dedal, agua y una piedra de sal, había creado los océanos. De igual forma, un instante de sueño puede abarcar inmensas cantidades de siglos abarrotados de imágenes.

El sueño, en su sigilosa pujanza, se ilumina hasta aproximarlo a un anciano augur que escribe los enigmas del futuro en largos criptogramas disecados bajo la piadosa luz del atardecer.

Despierta brevemente, ante aullidos de luz que le resuenan en la mirada, cuidadosas las manos en búsqueda de rehacer el calor con el que cubrirse. Todavía lo acosan las huellas nidales de otras preguntas y se adormilan sus ojos justo cuando le señalan una vasta llanura. Es el eco de los sueños que regresa a tan asombrosa geografía.

Sigue pensando dentro de las grutas de la noche, hasta que los ruidos surgidos de aquel territorio reclaman su atención. Pero reta a su propia voluntad, la contradice, la ensortija hasta seducirla, envuelta en disculpas que sólo él conoce. ¿Para qué depositar los pies en calles y plazas? ¿Qué poderosos motivos podían inducirlo a itinerar? Comprobar las mismas caras, de rasgos multifaciales, las pupilas ávidas en allanar la intimidad que rumian ya las horas repetidas, atrincheradas a la vuelta de la que acaba de comenzar. Las manos en los bolsillos, dibujando falsas indiferencias, siluetas abúlicas, cansancio de hombres y mujeres en el tedio de siempre, en ilusiones frágiles que amenazan con romperse. Extranjeros en su propio lugar, metecos acuñadores de doce monedas para murmurar, nacidos en reducidas patrias situa-



AGUSTÍN DÍAZ PACHECO

das a espaldas de sus sombras.

Las sombras tienen que sortear incansablemente un silencio salpicado de ecos. Aguza el oído y escucha lastimeras e incesantes vueltas, afanadas en encontrar la llave verbal con que remediar sus miserias cotidianas. Él busca frases para deshacerse de las dobleces, la expresión acertada que ayuda a despojar de relucientes vestiduras a quienes se disfrazan de cordialidad calculada.

El silencio tiene dos dimensiones. La del falsario que impide o amenaza con astuta habilidad, esmerando las hechuras de la zozobra que va urdiendo, y la del otro cultivador de silencios, que vigila hasta despertar al mismo sueño. Los dos silencios, vigilándose entre sí.

Es implacable ante la realidad sumergida en los sueños. Sombras y más sombras giran en torno a mohosas



soledades donde se cobija un miedo que hasta rehuye la mínima luz. Se obstina en olvidar la ciudad, pero carece del hábil apetito de los lotófagos.

Decide tomar un libro entre las manos. Pasa muy lentamente las páginas. Se detiene en frases deseadas, recorre los textos escogidos por el ánimo, subraya pensamientos que pueden salvar como brújulas táctiles en noches despojadas de estrellas y amordazadas lunas, o en los largos días desahuciados de sol. También en la intemperie de largas caminatas donde se descubre mejor a sí mismo, lejos de las sombras que se disputan los marchitos laureles de la vanidad, cerca de los habitantes que al soñar van soñando un sueño dentro de otro sueño. Después arroja el libro, se enfrenta al eco erguido del espejo y al contemplar la hondura de su ojo, al comprender que su cuerpo se adentra en el inmóvil piélago vertical donde también se escuchan los aletargados sonidos de la ciudad, prefiere entonces arriesgarse y escoger otro sueño. Escasa la diferencia. Contemplar las mismas caras de siempre, las pupilas acechadas por el hastío, los dedos jinetes en las comisuras de los bolsillos, muestran la mayor desidia, exhiben la indolencia aprendida y el rencor camuflado, cuyas consecuencias muerden como reptil de dormido crótalo.

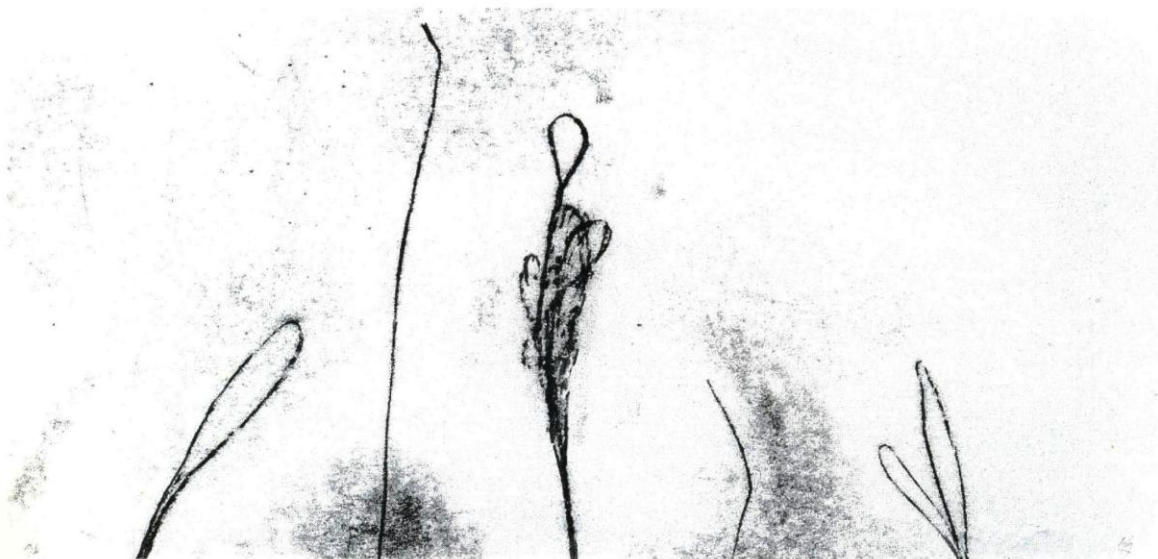
Vuelve sobre sus pasos. Regresa en el viaje de huellas que antes había plantado en excepcionales plenilunios, con la firme decisión de ahuyentar las sombras de la aterida ciudad sombría,

perplejo ante el silencio que fluye: Letepolis.

Cae la noche en su preciso epicentro y el manto delicado de la espesa oscuridad deposita un velo de resplandeciente seda sobre la cima de una ciudad levantada en la llanura. Pero la seda es velozmente devorada por polillas de negro traje talar e impíos parásitos profanadores de templos. El sueño, instante inmóvil en cuyo tálamo se celebran los esponsales de otra geografía con calles y plazas acentuadas por la claridad. Pero los sueños también erigen espejismos en su desconcertante desierto, porque la contienda sigue febril y ansiosa, inquieta e insatisfecha. Aunque extremadamente cauto en no responder a cuerpos que giran en sentido contrario al eje que él se ha impuesto, advina sombras tras los árboles que arrastran su vegetal sollozo hasta el sitio de los pies. Intentan conversar con él, pero prefiere guardar silencio.

Escultor de su propio tiempo, nuevo augur junto a los venerables ancianos augures, maestro en explicar noches inciertas en una ciudad como Letepolis, desposeída del benévolo anillo de la duda sensata, evita entrar en extraños pretextos, en equívocas costumbres heredadas, y sus manos suturan la dolorosa herida de la justificación.

Está desnudo. La intemperie pretende apoderarse de los secretos de su cuerpo. El aire bendice el descubrimiento. Mientras, realiza un esfuerzo para arrojarse y protegerse del gélido viento y la perenne humedad de las sombras insomnes sen-



Gonzalo González



ras discutiendo con longevas monjas sobre los puntales de la fe, oradores de burlesca carcajada escondida. Está desnudo. La intemperie se afana en conquistar los secretos del cuerpo.

Mientras, dentro de sí, espera disipar la pesadilla forjada por el indemne fletador del *Naglfar*, y emproar su barco hasta hacerlo naufragar en los acantilados de Mehturt. Otea el hallazgo de un sueño incesantemente buscado. Conducido en él a un navío sin arboladura, exento de velamen, ajeno a tripulación arrepentida y capitán obstinado, sin tajamar codicioso, ni bandera de conveniencia, de bitácora que sabe del Mar Antiguo, con áncoa depositada en el inmenso acuario de Dios, abundante en pecios jamás reclamados por las sombras.

Se halla en la llanura. Los nobles perros lamen heridas imaginarias. Los quejidos penetran el valle, circunvalan

las cosechas de aire, mientras los laberintos continúan pugnando por abrir cataratas de luz. Enormes paredes de hielo apresan salvajes anatomías pretéritas, desconcertantes para una memoria que no las había conocido en la tradición de vivir.

Transcurre un sueño solemnemente lacrado por el vetusto sello de ónice, hecho traer por un severo Corregidor que recolecta experiencias y que sólo oyó en el pasado los generosos consejos de los mendigos, al caminar por las bien trazadas calles de la ciudad fundada por Manco Cápac.

Comienza a despertar. Se difuminan las brumosas riberas de Letepolis, donde pueden ser desembarcadas convicciones custodiadas por los ancianos augures, reacios a la superficialidad. La luz late oculta y presurosa y su memoria acoge palabras remotas, cómo izar los párpados y arriar la oscuridad para anclar la pupila vertical del amanecer.

tadas junto a las ciénagas. Luego sujeta con una mano el tirador de la memoria y cierra meticulosamente el hermético cuadrado donde son depositados sueños y apetencias: cartas remitidas por la soledad, papeles impresos en el inquietante invento de Guttemberg, manuscritos donde están escritas (con cálamo recubierto de oro) arriesgadas confidencias, figuras de ébano esperando ser vestidas antes de llegar los esclavistas de alma de hielo, bazares donde ofertan a precio de saldo souvenirs de la envidia, dedos ambiciosos tratando de encontrar perlas entre la arena del desierto nostálgico del mar que hubo de soportar, mitos enseñados en opúsculos ordenados imprimir por habilidosos banqueros, el arké repudiado por filósofos decadentes, peces antiquísimos de exótica y recta mirada, tiaras desparramadas ante los sorprendidos pies de heterodoxos teólogos ciegos, caballeros de sabiduría octogonal, abundantes armonías equinocciales, lobos solitarios de penetrantes y astutos ojos rasgados, mineros excavando en vertiginosas prospecciones, tormentas averiguadas en la línea de los labios, urnas asqueadas de un segundo que se prolonga mil cuatrocientos sesenta días (salvo años bisiestos), generales empuñando varas de mando para domar sus rojas obsesiones vueltas realidad en duras escaramuzas y en los frontales cuerpo a cuerpo de sus heroicos soldados, blancos caballos rastroando al galope el olfato de un pintor que los conduzca a la presunta inmortalidad del lienzo, libros que sólo pueden leerse durante intensos viajes interiores, hetai-

C U R R I C U L U M

Agustín Díaz Pacheco nace en La Laguna (Tenerife). Su obra narrativa: *Los nenúfares de piedra* (1981), *La cadena de agua y otros cuentos* (1984), *La rotura indemne y La red* (1986), *El camarote de la memoria* (1987) y *La mirada de plata* (1993). Su novela *El camarote de la memoria* (Ediciones Cátedra, Madrid, 1987), ha sido reeditada por el CCPC en la Antología *LA LITERATURA CANARIA*. Ha obtenido varios premios de cuento y novela. Creaciones suyas han aparecido en diversas revistas literarias. Ha sido traducido al francés. Algunos de sus cuentos figuran en antologías como *Narrativa Canaria Última* (1987), *Narrativa Canaria Siglo XX* (1989), *Retablo y Geografía de Cuentos Canarios* (1993) y *Literatura canaria 1940-1980* (1993). Codirector literario desde 1989 de la colección *Nuevas Escrituras Canarias* para autores noveles, ponencias y ensayos suyos han sido presentados en varios Congresos y Encuentros de literatura y posteriormente publicados.